

que malos maestros pueden dar buenas lecciones. La infidelidad de un amigo, la perfidia de una mujer, la trácala que nos hizo el lisonjero, los golpes que nos hizo sufrir el agraviado, la prisión á que nos redujo la justicia por nuestra culpa, la enfermedad que padecemos por nuestro exceso, y otras cosas así, á la verdad que son ingratas á nuestro espíritu y nuestro cuerpo; pero la experiencia de ellas debía hacernos sacar frutos dulces de sus mismas amargas raíces.

¿Y qué mejor fruto podíamos sacar de estas dolorosas experiencias, que el escarmiento para gobernarnos en lo futuro? Entonces ya nos guardaríamos de tener amigos indistintamente, y sin saber cuáles son las señas del verdadero amigo, nos sabríamos recelar de las mujeres sin fiar nuestro corazón á cualquiera; huiríamos de los lisonjeros como de unas fieras mansas pero traidoras; trataríamos de no agraviar á nadie para exponernos á recibir los golpes de la venganza; cuidaríamos de manejarlos honradamente para no padecer los rigores de las cárceles; enfrenaríamos nuestros apetitos sensuales para no lidiar con las enfermedades, y por fin, haríamos por vivir conforme á las leyes divinas y humanas para no volver á experimentar esos trabajos y lograr la verdadera felicidad que, como digo, es el fruto de la buena conciencia. Esto conseguiríamos si supiéramos aprovecharnos de la experiencia; pero la lástima es que

no aprendemos por más frecuentes que sean las lecciones.

Dígalo yo. ¿Qué de trabajos, qué de desaires, qué de vergüenzas, qué de ingraticudes, qué de golpes, prisiones, sustos, congojas y contratiempos no he pasado? ¿A qué riesgos no me he expuesto y en qué situación tan deplorable me veo? Yo he tenido que sufrir azotes y reprensiones de los maestros; golpes de toros y caballos; zapatazos, baños de agua hirviendo, amenazas y desvergüenzas de las viejas; deslealtades, burlas y desprecios de los malos amigos; palos de payos, desaires de cortesanos, ingraticudes de parientes, abominaciones de extraños, lanzamientos de los amos, vejaciones de tunos, prisiones de la justicia, ollazos de indios, heridas dadas con razón por casados agraviados por mí, trabajos de hospitales, araños de coquetas, sustos de muertos y velorios, robos de pícaros y trescientas mil desventuras, que lejos de servirme de escarmiento, no parece sino que las primeras me han sido unos estímulos eficaces para exponerme á las segundas.

¿Qué tengo ya que perder? El lustre de mi nacimiento se halla opacado con mis vergonzosos extravíos; mi salud arruinada con mis excesos; los bienes de fortuna perdidos con mi constante disipación; amigos buenos no los conozco, y los malos me desprecian y abandonan. Mi conciencia se halla agitada por los re-

mordimientos de mis crímenes; no puedo reposar con sosiego, y la felicidad tras que corro parece que es una fantasma aérea, que al quererla asir se deshace entre mis manos.

Todo, pues, lo he perdido. No tengo más que la vida y el alma que cuidar. Es lo último que me queda, pero también lo más apreciable.

Dios se interesa en que no me pierda eternamente. ¡Cuántas veces pude haber perdido la vida á manos de los hombres, en poder de los brutos, en medio de la mar y aun á mis propias manos! Innumerables. Hoy pudo haber sido el último de mis días. A mi lado cayó el Pípilo, á otro el Aguilucho, y las balas, unas tras otras, cruzaban crujiendo el aire junto de mis orejas; balas que ciertamente se dirigían á mi persona y balas que me pasaban la muerte por los ojos.

Como aquéllos murieron, ¿no pude yo haber muerto? Como hubo balas bien dirigidas para ellos, ¿no pudo haber alguna para mí? ¿Yo me libré de ellas por mi propia virtud y agilidad? Claro es que no. Una mano invisible y Todopoderosa fué la que las desviaba de mi cuerpo con el piadoso fin de que no me perdiera para siempre. ¿Y qué méritos tengo contraídos para haberle debido tal cuidado? ¡Oh, Dios, yo me avergüenzo al acordame que toda mi vida ha sido una cadena de crímenes no interrumpida! He corrido por la niñez y la

juventud como un loco furioso, atropellando por todos los respetos más sagrados, y me hallo en la virilidad con más años y delitos que en mi pubertad y adolescencia.

Treinta y tantos años cuento de vida, y de una vida pecaminosa y relajada. Sin embargo, aún no es tarde, aún tengo tiempo para convertirme de veras y mudar de conducta. Si me entristece lo largo de mi vida relajada, consuélame saber que el Gran Padre de familias es muy liberal y bondadoso, y tanto paga al que entra á la mañana á su viña como al que comienza á trabajar en ella por la tarde. Esto es hecho, enmendémonos.

Diciendo esto, lleno de temor y compunción adreché el caballo, subí en él, y me dirigí al pueblo ó venta de San Martín.

Llegué cerca de las siete de la noche, pedí de cenar y mandé que desensillaran y cuidaran de mi caballo á título de valor, pues no llevaba un real.

Después que cené, salí á tomar fresco al portalito de la venta, donde estaba otro pasajero en la misma diligencia.

Nos saludamos cortésmente y enredamos la conversación hasta hacerse familiar, siendo el asunto principal el suceso acaecido aquel día con los ladrones. Me dijo como había salido de Puebla y caminaba para Calpulalpam, teniendo que hacer una corta demora en Apam.

Yo le dije que iba para este último pueblo, de donde tenía que pasar á México, y así podríamos ir acompañados, porque yo tenía mucho recelo de los ladrones.

—Se debe tener, me contestó el pasajero; pero con los sustos que han llevado de la semana pasada á esta parte, es regular que no se rehagan tan presto las gaviillas. En pocos días les han pillado seis, han colgado uno, y han quedado tendidos en el campo cuatro. Conque ya ve usted que son de menos en su cuenta once, y á este paso los días son un soplo.

Como yo no había visto coger á nadie, sabía que los muertos eran dos, y me constaba que apenas éramos cinco, le dije con un aire de duda: — Dable puede ser eso; pero temo que hayan engañado á usted, porque son muchos los ladrones agotados. — No, no me han engañado, dijo él; lo sé bien, sobre que soy teniente de la Acordada, tengo las filiaciones de todos, sé sus nombres, los parajes por donde roban, las averías que han hecho y los que han caído hasta hoy; vea usted si lo sabré ó no.

Frío me quedé cuando le oí decir que era teniente; aunque me consolé al advertir que yo no había salido más que á una campaña, y era imposible que nadie me conociera por ladrón.

Entonces le dí todo crédito, y le pregunté que por

qué rumbos habían cogido á los demás. A lo que me contestó que por Otumba y Teotihuacán.

Parlamos largo sobre otras cosas, y á lo último le dije como yo tenía sobrada razón para temer á los ladrones, pues era perseguido de ellos. — Vea usted, le decía muy formal, no me han salido esos ladrones, pero anoche se me huyó el mozo con la mula del almofrés y me dejó sin un real, pues se llevó los únicos doscientos pesos que yo llevaba en mi baúl.

— ¡Qué picardía! decía el teniente muy compadecido! ya ese pícaro estará con ellos. ¿Cómo se llama? ¿qué señas tiene? — Yo le dije lo que se me puso, y él lo escribió con mucha eficacia en un librito de memoria; y así que concluyó nos entramos á acostar.

Me convidó con su cuarto; yo admití, y me fuí á dormir con él. Luego que vió mis pistolas se enamoró de ellas y trató de comprármelas. Con el credo en la boca se las vendí en veinticinco pesos, temiendo no se apercibiera su dueño por allí. Ello es que se las dejé y me habilité de dinero sin pensar.

Nos acostamos, y á otro día muy temprano nos pusimos en camino, en el que no ocurrió cosa particular. Llegamos á Apam, donde fingí salir á buscar á un amigo, y al día siguiente nos separamos, y yo continué mi viaje para México.

Aquella noche dormí en Teotihuacán, donde me

informé de cómo en la semana anterior habían derrotado á los ladrones, cogiendo al cabecilla, á quien habían colgado á la salida del pueblo.

Con estas noticias, lleno de miedo, procuré dormir, y á otro día á las seis de la mañana ensillé, y encomendándome á Dios de corazón, seguí mi marcha.

Como una legua ó poco más había andado, cuando ví afianzado contra un árbol y sostenido por una estaca el cadáver de un ajusticiado, con su saco blanco y montera adornada con una cruz de paño rojo, que le quedaba en la parte delantera de la cabeza sobre la frente, y las manos amarradas.

Acerquéme á verlo despacio; pero ¿cómo me quedaría cuando advertí y conocí en aquel deforme cadáver á mi antiguo é infeliz amigo Januario? Los cabellos se me erizaron; la sangre se me enfrió; el corazón me palpitaba reciaménté; la lengua se me anudó en la garganta; mi frente se cubrió de un sudor mortal, y perdida la elasticidad de mis nervios, iba á caer del caballo abajo, en fuerza de la congoja de mi espíritu.

Pero quiso Dios ayudar mi ánimo desfallecido, y haciendo yo mismo un impulso extraordinario de valor, me procuré recobrar poco á poco de la turbación que me oprimía.

En aquel momento me acordé de sus extravíos, de sus depravados consejos, ejemplos y máximas infernales;



Como me quedaría cuando advertí y conocí en aquel deforme cadáver á mi antiguo é infeliz amigo Januario?